

# Reminiscencias interiores

*El libro de mi madre*  
de René Avilés Fabila



Clemencia Fabila

*Gabriela Turner Saad*

EL ENFRENTAMIENTO CON LA AGONÍA NO EXCLUYE a ninguna emoción, al contrario, desafía y desata sentimientos que transitan con intensidad al término de ésta. Por ello, fluye la reconstrucción de la amada. Después de la muerte de su madre, Clemencia Fabila Hernández, el hijo confronta sus propias exaltaciones y turbaciones. Cada segundo frente a Clemencia se convierte en un golpe, el cual sobresale hacia recuerdos que marchan en dirección potencialmente infranqueable, un revés cuya brújula apunta hacia la navegación entre aspectos conmovedores y puntillosos. Matices que evocan la parte exquisita y ríspida de la feminidad que lo abarca por completo. Biografía y autobiografía que desenmascara la tibieza, pero a su vez, la sordidez que el origen de sí le

ocasiona. Desbordado, funde los sucesos que niegan al tiempo, en el cese de la vida, y afirman lo atemporal que la pérdida construye en su interior, pues frente a ésta rememora cada aspecto que lo conforma con vivencias firmes, desgarradoras y profundas. Emerge todo aquello que logra entreverarse en la memoria, los encuentros, desencuentros, también los trazos gloriosos.

Como un acercamiento a *El libro de mi madre* se establece una visión que suscita cuestionamientos. ¿Cómo puede emitirse un juicio sobre esta relación?, ¿quién puede opinar acerca de un vínculo que carea eventos y discursos conflictivos? En el relato se construye un tejido sustantivo y medular de ese trance que siempre resulta amargo y doloroso, la muerte, de la cual resulta difícil recuperarse y sanarse en la totalidad. La escritura del mismo le concede cierta emergencia frente a la conmoción que ocasiona el abandono de la figura femenil. Bajo una narrativa nítida establece la inmersión en una vida poblada de anécdotas que migran entre la tristeza y la nostalgia y a su vez erige el sufrimiento.

Todos ellos la consideraban una mujer simpática, muy sociable y yo, en el fondo, sabía que no era tanto, que al final se hizo cordial y amable, pero que en otros tiempos fue una mujer dura, muy dura.

Yo la amé no porque fuera mi madre sino porque era distinta y no era simple ni ramplona, era inteligente, positiva y le gustaba llevar a cabo pequeñas edificaciones tal vez en espera de que Iris y yo fuéramos su mejor construcción.

¿Acaso comete una herejía ante la imagen materna?, ¿quién emitiría un juicio o una crítica ante las confidencias interiores? En un cúmulo de agotamiento, abre y muestra lesiones como si fuesen sombra de sus pasos. Registra momentos de unión inseparable, pero también la escasez del cobijo que requiere, como bálsamo necesario, el hijo. No transgrede sino muestra añoranza con todas las repercusiones que conlleva. Casi

un solitario donde su contraparte ha migrado inexorablemente y su cuerpo no se halla, salvo en la vastedad de una experiencia sensible que la memoria arroja, en tal magnitud, que René Avilés Fabila la contempla, quizá, la completa.

¿Cuántas veces entré a la habitación donde agonizaba mi madre? En efecto, sólo una, pero fue larga, infinita, llena de lágrimas que no salieron y de una extraña sensación de vacío.

El tránsito lo sustrae hacia instantes inconmensurables y sensaciones ocultas, pues en aquéllos inserta el testamento definitivo y contundente: el vacío que se agolpa en la garganta. La contención porque la espera lo desampara, luego lo lanza al fondo de su propia marea, de su vértigo. Salva su propio testimonio como resguardo de sí, y de *Menta*, la fiel compañera sin condiciones, con quien sobrevive a las batallas directas e indirectas; ingresa hacia la búsqueda de identidad, con ella, edificada entre la inmovilidad y movilidad de los recuerdos que cobran expansión y contracción en ese sobrenombre: *Menta*.

Cuando le di el largo beso en la frente de despedida, fue algo atroz: estaba muy fría y su absoluta inmovilidad era el mejor presagio de la proximidad del fallecimiento.

La intimidad no está en ruina, sin temor y con desgarramiento brinda la declaración más humana, pero resbaladiza, quizá quedan pendientes por decir, pero devuelve el privilegio de vivirla nuevamente ante otra mirada que lo empuja a su laberinto perceptible, en ese recorrido donde no existen horas vencidas en esa multiplicidad de contrastes ante la vida y la muerte, por ello defiende el territorio de la existencia y sus instantes, delata sus experiencias con libertad y desenfreno. Recrea. Hurga de manera invencible su mundo. ¿Profana el vínculo que se ha concebido como un manto sagrado entre la madre y el hijo?, ¿quebranta el paraje natural?

Reedifica el censo de sitios internos e incesantes como confidencias que rebasan el límite mismo del hijo. Sobrepasa. Constriñe. Revive y vuelca con pasión a su madre. Desenlaza los hilos conductores, prolonga ese ritual cotidiano y lo transfigura en relevancia, donde los secretos rompen su condición y nacen los misterios con obvia incertidumbre.

La integridad de uno y el enaltecimiento de la madre erigen una constancia, una protesta de amor, sometida a juicio, necesaria para sobrevivirse ante la angustia que la muerte representa. No la propia. La que conmueve y cimbra sin miramiento incógnitas y respuestas que cobran significado mientras la agonía crece frente a los ojos. La mirada retorna al pasado sin remedio: “En cada carta le decía lo que ella debió decirme a mí y jamás hizo: cuídate mucho, te quiero”.

Un culto hacia el adentro, donde él mismo dibuja parajes entintados con imágenes que atan y sublevan. El periplo va articulándose, desamarra del cruce todo aire de sospecha. Hablan ambos un mismo idioma, pero con otras palabras, otros vocablos que inscriben una deliberación mutua, donde la tesis concibe descomposiciones y ausencias. Examinan desde otro orden, sin convencionalismos y bajo un régimen impenetrable donde debaten su postura a discreción de manera irreparable. Quizá resulta ser la cualidad otorgada como contingencia que ensaya a la vida misma.

Mi madre moriría sin que nos hubiéramos dicho la magnitud de nuestra recíproca admiración, sin siquiera haberle dado un beso para saludarla o despedirme.

La reconstrucción de ella, sumada a la suya, fija un proceso avasallante. Suelta el navío hacia la ínsula femenina, el sitio más amplio y transitable, pero el rumbo acierta hacia el desvelo y el naufragio. Regresa al pasado sin defección e inicia una complicidad, en ese ayer que había sido extraviado en algún punto. No enfrenta la pérdida con docilidad. Lejos de elucubraciones edípicas, transcribe el rechazo y apunta hacia la repercusión que la gran amada, la originaria,

desmiembra bajo contrastes donde la calidez se torna en honestidad, y así mismo en hostilidad. Retorna hacia esa infinitud de sentimientos que anuncian con celeridad al dolor y a la denuncia.

La desesperación, la impotencia y la pérdida permanecen como un estado fiel y sensible en el hijo, porque aparecen las presencias pretéritas en ese momento exaltado y sorpresivo, con las cuales resurge la cuesta de sus historias, ambas, donde desciende al abismo por encima de falsas idealizaciones. ¿Existe la madre inmaculada, perfecta, con cada emoción controlada y precisa? Lo trascendental, habitante de las páginas, estremece los acuerdos mutuos de manera silenciosa, aunque también abierta. Desencaja la condición de hijo, el humano, el real, el verdadero que encarna, frente a la muerte, las vivencias agudas y penetrantes.

¿Quién podría negarse a la restauración de su madre?, ¿quién borraría de tajo su propio origen del cual ha partido hacia una vida afortunada o de infortunios? *Menta* fue y ha sido quien desafió todo el potencial, los aciertos y parte de las convicciones que promulgan al hijo, quien devastado declara momentos que lo arrasan o lo salvaguardan.

Ninguno, salvo mi madre, fue capaz de darme el libro preciso, la aclaración adecuada, la enseñanza aguda, en el momento necesario.

Las cavilaciones oscilan entre la confesión y la intimación sin remiendos, así entreteje lo insondable donde la interioridad surge desde las entrañas. En *El libro de mi madre* esculpe la nave personal, el vínculo insoslayable que lo ha forjado: el que respira, husmea, estimula, camina, corre, lee, ama, y se estrangula entre palabras.

La declaración ante la muerte secuestra por su profundo contenido en sí, porque está plena de vaciamiento cuyas reverberaciones van arrojando y desprotegiendo el repaso de los años. Viaje donde ahonda y sonsaca los rastros de sus propias regiones. Todo es continente. No hay huellas de expiación o de

cualquier remordimiento, tiende a la ofrenda de sus propios derroteros y de la muerte de *Menta*.

La impresión de las horas dichas desaparece, va esfumándose conforme las horas agónicas avanzan como incitación a esa comarca. Se inician las dudas, aunque las interrogaciones cobran mayor impacto. El hijo cuestiona las circunstancias pasadas y presentes, enfrenta su propia perplejidad perceptiva y recóndita. Ese ocultamiento que aborda con hondura la fatalidad como eje, a su vez, el rechazo, junto con la deslealtad.

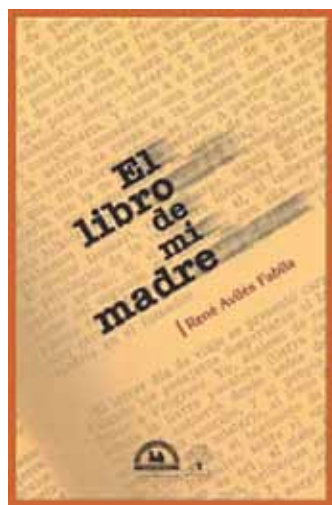
Mientras mi madre moría lentamente, pensé: ¿podrá soñar, estará soñando? Sólo parece dormida, en realidad lo está. De ser así, ¿en quién pensará, en mí o en mi hermana y su hijo, en Lino o en mi papá, en sus abuelos, siempre severos con ella o en sus hermanas, inalterablemente injustas y distantes con la mayor?

La fundación de sí aparece después de esas veinticuatro horas. En la medida de la sucesión de minutos que avanzan, a veces lentos, otras rápidos ante la agonía, el sufrimiento que aumenta. La madre, la feminidad, está inconsciente en un hospital que siempre deja de ser remanso para el enfermo. El hijo transita con sus pensamientos y en ellos. Giros y revueltas interiores que extreman cada vez más, no se agotan, resurgen

con ímpetu y convierten cada evocación en huellas, en instantes reveladores y penetrantes.

¿Tuvo tiempo de pensar en su muerte, de ser así, nos habrá recordado a mi hermana y a mí? ¿De qué forma? ¿Con amor o con la total incapacidad para manifestar su amor y ternura? No hay en mis recuerdos de una sola caricia suya.

Subyace el soplo de amor impecable y de admiración. Convoca e invoca a la examinación de la vida que repercute necesariamente en él, René Avilés Fabila, sin ninguna ingenuidad y con la sensación sostenida y callada de la inminente pérdida. Descubre con atrevimiento la movilidad del recuerdo, lo redescubre y purifica con el tono que siempre anuncia una elegía. Sin titubeo alguno, la pulsión sobresale con el estadio que genera la sutileza, el estremecimiento, la angustia. Parte de la condición humana. Parte de él en su totalidad. Reconoce el presagio, “la proximidad del fallecimiento”. Participa en su relato la mayor entrega, se desdobra y dobla, casi el forcejeo imprescindible para constituirse desde una región escindida. Conjurando las reminiscencias interiores y subrayan su testimonio en desembocaduras que vierten y comparten con el lector parte de la orfandad íntima. ▀



René Avilés Fabila  
*El libro de mi madre*  
 México, Miguel Ángel Porrúa  
 2003, 94 pp.